

Ven, alivia mi existencia
 Con tu letargo profundo;
 Ven, que el engañoso mundo
 Solo inspira indiferencia.

Ven á mis párpados, ven,
 Dulce bálsamo al fastidio
 Con que sin descanso lidio;
 Ven á mí, mi dulce bien.

Octubre 30 de 1850.—OCTAVIANO PEREZ.

EL EGOISTA.

(PARÁBOLA.)

HABIA un hombre que era muy rico, porque su padre lo habia sido.

Pero si bien él amaba las riquezas no sabia el trabajo que cuesta adquirirlas, ni pensaba jamas en esplicarse por qué miétras él era rico, otros hombres eran pobres.

Y como él tenia grandes casas y lujosos muebles, y muchos criados, pensó para sí: "A ningun hombre necesito en el mundo."

Y creyendo que de nadie necesitaba se resolvió á vivir aislado, comprando á peso de oro algunos placeres.

Y creyendo que de nadie necesitaba no tenia amigos, ni relaciones, y temia que si algunos llegaba á tener, servirian solo para disminuir sus riquezas.

Y no habia amado á muger alguna, porque su corazon es-

taba lleno con su avaricia, y en él no habia hueco para otras emociones.

Si un forastero pedia albergue en la casa del hombre rico para pasar la noche, se lo negaba para no incomodarse con tener que obsequiarlo.

“Jamás iré yo á dormir á la casa de nadie, decia, y así ¿para qué he de recibir al vagabundo que quiere cenar?”

Un ciego preguntó un dia al hombre rico por dónde habia de dirigir sus inciertos pasos para llegar al mercado, y el rico volviendo la espalda tuvo pereza de responder, y no quiso tocar con su mano la mano del ciego.

“Si yo veo bien, pensaba, cual es mi camino, ¿para qué me he de entretener en guiar á los ciegos que piden limosna?”

Al pasar una vez junto á un rio oyó los gritos de una muger que clamaba de dolor.

Era una madre, cuyo hijo se llevaba la corriente.

Cuando vió al rico, imploró su auxilio para salvar á su hijo, y el rico no quiso mojarse y siguió su paso, fingiendo que nada veía.

“Si yo no me baño en el rio, ni tengo hijos, ¿para qué, pensaba, he de andar salvando á todos los imprudentes que se dejan arrebatar de la corriente?”

Si de noche oía el grito de un hombre á quien acometian y despojaban los malhechores, aunque con solo hablar pudiera salvarlo, permanecia impasible.

“¿Por qué he de andar cuidando á los que se dejan robar, una vez que á mi casa no pueden entrar los ladrones?”

Un dia vió en el camino á un leñador rendido de fatiga, que no tenia fuerzas para echar á sus espaldas su carga.

Y el leñador le rogó que le ayudara no mas á colocar la carga sobre sus espaldas.

Y el rico no quiso ayudarle. “Si yo no tengo nada que cargar, ¿he de andar ayudando á todos los perezosos?”

Y el rico vivia rico; pero no tenia amigos, ni habia una sola muger que lo amara.

Y sus criados lo temian, pero no lo amaban.

Y el caminante que no encontró abrigo en su casa, y el ciego á quien no quiso guiar, y la madre á quien no quiso ayudar á salvar á su hijo, y los que eran robados en su presencia sin que él los amparara, y el leñador á quien negó su ayuda, contaban entre el pueblo que aquel hombre no tenia corazon.....

Y el pueblo oía con estrañeza, y dudaba que pudiera existir un hombre sin entrañas.

Pero el pueblo no lo aborrecia, porque el pueblo raras veces suele aborrecer, pues el odio popular es un monstruo que se aparenta por unos cuantos impostores.

Pero de boca en boca se fueron contando las cosas que yo os cuento ahora.

Y ya nadie pensaba en encontrarse á su paso con el hombre que estaba lleno de riquezas, que en ninguna parte era amado, ni bendecido.

Porque para ser amado fuerza es amar en este mundo y solo recoge bendiciones quien siembra beneficios.

El que sembró guijarros nunca cosechó espigas de trigo.

Y parecia que la prosperidad se habia fijado para siempre en la casa del hombre rico.

Pero es la fortuna mudable como las olas del mar y nunca un dia se pareció á otro dia.

Y una noche vió el pueblo que se levantaban columnas de humo de la casa del hombre rico; pero el pueblo no se inquietó.

Y despues se elevaron llamas de fuego que subian hasta el cielo, y el pueblo miraba desde léjos, sin afligirse por la suerte del hombre rico.

Y los criados de este huyeron, y su casa se redujo á cenizas.

Y él salió llorando de dolor; pero sus gemidos se perdieron en el viento sin que lo siguiese ningun corazon para consolarlo.

Y cuando él pidió un rincon en que descansar, le contestaron: "Cuando tenias casa á nadie hospedabas; no nos molestes, duerme á campo raso." Y el egoista lloró de dolor.

Y habia en la ciudad un hombre que daba limosnas á los pobres, y cuando lo supo el hombre que habia sido rico, quiso ir á ser socorrido.

Y preguntó á un muchacho que iba guiando á un ciego: "¿A dónde está la casa del que socorre á los pobres?"

"No lo sabrás por mi boca, dijo el muchacho, porque la tuya estuvo cerrada cuando mi padre te preguntó cual habia de ser su camino."

Y el egoista lloró de arrepentimiento.

Y como tenia hambre y no pudo llegar á la casa del que socorria á los pobres, casi desfallecido, pidió un pedazo de pan á la puerta de una casa, y oyó una voz de muger que le decia: "Tú eras sordo cuando yo te gritaba para que salvaras á mi hijo, ¿cómo quieres que yo te oiga ahora que tienes hambre?"

Y el egoista lloró de hambre y maldijo su propio corazon.

Y cuando la muger lo vió llorar, le arrojó un pedazo de pan como se tira un trozo de carne á un perro hambriento, diciéndole: "come; pero vete."

Y una noche en que nevaba, el egoista desnudo temblaba de frio y quiso sentarse junto á una lumbrada de una miserable familia.

Pero cuando la llama le iluminó el rostro: "apártate de mi fuego," le dijo un hombre, "que tú no quisiste ayudarme á cargar mi leña."

Y el egoista se fué llorando de desesperacion.

Y un dia pidió limosna á un hombre en medio del camino.

Y el hombre le dijo: "Tendria que darte, si tú no me hubieras dejado robar sin moverte."

Y el egoista no inspiraba lástima á las gentes que decian: "A ese hombre castiga Dios porque jamas hizo bien á nadie."

Y despues de muchos años de miseria y de llanto, el Señor Dios debió conocer que el egoista habia espiado su maldad, y le envió la muerte.

Pero cuando él murió no hubo quien llorara por él.

Porque aquel que á nadie ama no puede ser amado.

Y si sois rico, pensad que Dios da y quita las riquezas á su antojo, y que nada es nuestro en este mundo.

Y si no quereis un dia sufrir lo que el egoista, no seais como él.

Y tened presente que el egoista no ama mas que á sí mismo, y que la dicha y el placer consisten en amar y en ser amado de los demas.

EL ARCO-IRIS.

LA ronca tempestad con voz de trueno
Anuncia al mundo destruccion y ruina;
El viento abate la soberbia encina;
El rayo rasga de la nube el seno.
Muéstrase el Iris de hermosura lleno;
La tempestad se ahuyenta repentina;
Se despejan el cielo y la colina,
Y el mar ostenta su esplendor sereno.
Cuando la duda asalta nuestra mente,
Cuando el dolor el pecho nos devora,
Nos envia el Señor Omnipotente
Un rayo de la fé consoladora,
Que presto infunde al corazon doliente
Dulce creencia y calma bienhechora.

MÁRCOS ARRÓNIZ.

ANTIOCO.

A MI AMIGO FELIX MARIA ESCALANLE.

“EN mi carro mas rápido que el viento
Incendiaré el palacio y la cabaña;
Caerá el hebreo como débil caña,
Y arrancaré de Sion el fundamento.
“Desplegaré mis labios, y á mi acento
Los mares calmarán su hirviente saña,
Y pesaré montaña por montaña
Y mis tiendas pondré en el firmamento.”
Así esclamaba Antioco el insolente,
Cuando Dios le derriba de su carro,
Y en gusanos se mira convertido.
El corazon le abraza fuego ardiente,
Y tórnanse del déspota bizarro,
Sus huesos polvo y su memoria olvido.

JOSE SEBASTIAN SEGURA.

LA VIDA.

A MI AMIGO FRANCISCO RODRIGUEZ MADARIAGA.

De la cuna al sepulcro hay solo un paso;
La flor del alba sécase en la tarde,
Y el vivo sol que en el Oriente arde
Moribundo lo vemos en ocaso.

Brinda el placer fugaz en rico vaso,
Amarga hiel al corazón cobarde,
Y el hombre necio con mentido alarde,
Se cree inmortal en su vivir escaso.

¡Oh amargos y funestos desvaríos!
¡Ay! Somos cual las hojas desprendidas
De los árboles verdes de los ríos.

Al agua sin estrépito caídas,
Y en mares olvidados y sombríos
Se apagan para siempre nuestras vidas.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

LAS VÍRGENES NECIAS.

ESTAD atentas, vírgenes hermosas,
Las lámparas tened siempre encendidas,
Al talle vuestras túnicas ceñidas,
Y en los negros cabellos blancas rosas.

Vigilad en las horas silenciosas,
No os quedeis en el tálamo dormidas,
Y en el festín nupcial las escogidas
Del esposo seréis, dulces esposas.

Presto al jardín salgamos que en mi oído
Suena la voz del que beldad y gracias
Nos ha con blando afecto prometido.

Y vosotras llorad el bien perdido
En la eterna mansión de las desgracias,
¡Vírgenes que sin luz habeis dormido!

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

EL RELÁMPAGO.

EL velo de la noche tenebrosa
Rasga veloz relámpago de fuego,
Y la vista contempla, desde luego,
El cuadro de natura portentosa.

Mas se apaga su huella luminosa,
Dejando al hombre deslumbrado y ciego,
Que mira con mortal desasosiego
Del negro caos la imagen horrorosa.

¡Así el amor iluminó mi vida,
Y al reflejar sus nítidos colores
Brotó del pecho la ilusion querida;

Pero pronto eclipsó sus resplandores,
Dejando mi esperanza oscurecida,
La tiniebla sin fin de los dolores!

MÁRCOS ARRÓIZ.

LA SAMARITANA.

DE Jacob en la fuente fresca y pura,
Bajo la sombra de palmera airosa,
Agua sacaba una muger hermosa,
De negros ojos y gentil cintura.

Acércasela un hombre y con dulzura
Pídela de beber; mas desdeñosa,
¡Cómo un judío, dice, hablarme osa,
Si en Samaria nací por mi ventura?"

"Si supieras quien soy, me pedirías
Agua viva, responde el Nazareno,
Y tu sed para siempre apagarías."

Pídele agua, y de lo íntimo del seno
Alegre esclama: ¡Tú eres el MESÍAS,
El prometido por Moises el bueno!

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.
